

Oculto con su mujer en un rincón de un campo, distante seis leguas de Chevagnes, camino de Autun, vió llegar en dirección á ellos una avanzada de cinco hulanos.

Las banderolas blancas y negras de las lanzas flotaban á impulsos de la brisa.

Los caballos iban al paso; los hombres hablando alegremente.

De rodillas, detrás de un árbol, les esperaba Simón.

Se expresaban en francés, y elogiaban el vino del país.

Simón estaba lo mismo que si hubiera visto unas cuantas liebres: tan tranquilo.

Cuando se hallaron á treinta pasos, disparó dos tiros sin inmutarse.

El primer hulano se echó hacia atrás, soltó los estribos y cayó en tierra. El otro, arrastrado por el caballo, que se espantó, se agarraba á la crin del animal, que al fin se perdió por la calzada, y el jmete, al caer, no pudo quitar el pie del estribo, é iba dejando un reguero de sangre.

La *Bigornia* descargó su arma sobre los otros tres, cuando estuvieron frente á ella.

Un caballo cayó, aplastando al jinete, que quedó debajo.

Simón se colocó en medio del camino.

Cuando pasaron los últimos hulanos galopando azorados, con la rapidez del rayo, volvió á disparar.

Uno de ellos rodó al foso. Y el otro quedó muerto en el acto.

Salía el sol en aquel momento.

Por allí no había ni chozas, ni pueblo, ni cortijo.

Los Simón se internaron en el bosque y aguardaron.

A eso de las diez, cuando se disponían á regresar á la fragua, oyeron el ruido de los cascabeles de una silla de postas.

Ocultáronse convenientemente.

El carruaje pasó.

En él iba un hombre casi tendido en los cogines, y con la cabeza apoyada en una de las esquinas.

—¡El marqués!—dijo la *Bigornia*. Mañana es el casamiento. ¡Pobre Solange!

Y tirando á Simón de la manga, añadió:

—Ven; es preciso que yo le hable.

El obedeció, pero sintiendo dejar aquel puesto magnífico para cazar hulanos.

XVII

El marqués de Taunay regresaba solo.

Venía de Génova, donde se le había hecho el tiempo eterno, esperando á que llegara el día fijado por Solange para ser dueño de la mujer que le inspiraba una pasión abrasadora; y en cuya pasión entraba, más que verdadera ternura, insaciable deseo de someter á una esclava rebelde.

Se proponía permanecer en Chevagnes solo el tiempo necesario para el cumplimiento de las formalidades del contrato y de la boda; y en seguida sacar de allí á su mujer, como si se tratase de un rapto.

Servais le esperaba en Italia, en donde se hallaba preparándolo todo para la solemne entrada de sus amos.

La casa que había alquilado era un verdadero nido de amor; estaba situada en un paraje encantador, un paraíso, donde el marqués podría olvidarlo todo: sus remordimientos, los trastornos de su patria y los odios que con su conducta se había atraído.

No es esto decir que el asesino de Elena de Rochevaille viviera atormentado por el arrepentimiento; nada de eso.

Sus pensamientos no le pertenecían; eran todos para Solange.

La profecía de Felisa se realizaba.

Cuando penetró en sus dominios, cerca ya del castillo, al ver los cadáveres de los dragones, á un lado y á otro del camino, cerró los ojos con repugnancia.

La guerra, pues, llegaba hasta allí, hasta su casa, con todos sus consiguientes horrores.

—¡Deprisa!—dijo al postillón, al ver que los caballos se encabritaban al olor de la sangre.

Pero él, ni ante los muertos podía pensar en otra cosa que en Solange.

No temía por su propia persona, pues gracias á sus relaciones se había procurado un salvoconducto; pero temblaba por Solange, que podía llegar á ser víctima de la invasión, que amenazaba llegar hasta los más desiertos lugares de aquellos salvajes contornos.

El carruaje se detuvo al fin, á eso de las doce del día, frente al castillo.

Fué saludado con el respeto debido al amo; pero con ese silencio que tanto debe enseñar á los poderosos.

Era evidente que los fieles servidores de la casa se entristecían, no solo al recuerdo de los pasados sucesos, sino de los proyectos del marqués; y, al igual de Fargeas, veían con malos ojos una alianza que se rodeaba de tan desastrosas circunstancias.

El señor de Taunay comprendió aquella muda reconvencción; pero no había ido allí para reparar en tales cosas.

Pasó desdeñoso y altanero, con la cabeza erguida, dió las órdenes en tono breve, se enteró de los asuntos de la casa, subió á su habitación, procedió á vestirse la *toilette* con la misma tranquilidad que si se hallara en el hotel de la avenida Matignon, disponiéndose para ir al círculo; almorzó en pocos minutos y salió en seguida hácia Gué-aux-Biches.

Cuando él llegó, el guarda no estaba en casa.

Catalina, al verle, se retiró para dejar á Solange sola con él.

Oliverio se sentó al lado de su amada.

Estaba sumamente emocionado.

—Solange—dijo—he esperado con impaciencia que trascurriera el plazo que me habíais fijado, y que expira mañana.

—Ya lo sé.

—He dado ya mis órdenes. ¿Estais dispuesta?

Ella contestó con voz débil:

—Sí.

—Hé aquí lo que he decidido. Nos iremos en cuanto nos casemos. Hubiera querido sustraeros antes á los peligros que correis en este país, ¡ya que la guerra se extiende por todas partes! ¡Es un terrible espectáculo, sobre todo para una joven! Felizmente, todavía es tiempo. ¿Qué dice Fargeas de este matrimonio?

—Ya os lo he escrito. Casi siempre se halla ausente de casa, y cuando está en ella apenas habla.

—Mi intención es proporcionarle que viva con independencia en una honrosa condición. El notario tiene mis instrucciones.

Ella hizo una ligera inclinación de cabeza.

—Mañana á las once se firmará el contrato, en el castillo ó aquí, como gustéis.

—En el castillo, si así os agrada.

—Bueno. En seguida nos casaremos en la alcaldía, sin aparato ninguno, por supuesto. He creído secundar vuestros deseos evitando toda ostentación, que los sucesos rechazan. Eso es lo de menos.

Y añadió, acercándose á la frente de Solange:

—¡Con tal de que al fin me otorgueis el consentimiento que ansio hace tanto tiempo! De la alcaldía iremos á la capilla del castillo. Luego subireis á vuestra habitación para poneros el traje de viaje. Nos dirigiremos á Italia directamente y allí estaremos todo el tiempo que gustéis. Tendreis una residencia que os agradará; así lo espero, al menos... ¿Teneis que hacer alguna objeción?

—Ninguna.

—Henos ya el uno cerca del otro. Mucho tiempo hace que no vivo sino para este momento. Quiero merecer vuestro afecto y, si puedo, vuestro amor.

Su voz habia perdido el acento duro é imperioso que le era peculiar.

La joven sonrió resignada.

Él pudo traducir aquella sonrisa como signo de paz y hasta de estimación.

Estrechó la mano de Solange.

—Casarme con vos,—repuso con vehemencia—es mi único afán, y es también la mayor prueba de amor que puedo daros. No se me oculta que el mundo me criticará y será muy severo conmigo, por lo menos durante algún tiempo. Pronunciará este fallo absurdo: ¡casamiento desigual! como si yo no tuviera por disculpa esa belleza incomparable, atractiva, que subyuga y triunfa, y ante la cual los más soberbios se humillarían. Además, habiendo voluntad, todo puede dominarse, y quiero que seáis objeto de admiración y de envidia en todas partes. Quiero que el orbe entero se postre á vuestros piés y reconozca que sois digna de todas las coronas. Pero quiero también, Solange, que vos, á cambio del sacrificio que me impongo, desafiando ridículos, aunque poderosos prejuicios, me hagáis el favor de olvidar el pasado, para no pensar sino en los esplendores y en la embriaguez del presente.

Háblabala con tierna y cañosa dulzura, seguro de obtener completo perdón.

¿La reparación no era bastante á borrar la ofensa?

Permaneció tres horas á su lado, hablando de sus viajes, de su ansiedad durante los meses de ausencia, de las cartas que con tanto gusto le dirigía diariamente, de la pena que sentía ante sus lacónicas respuestas y, por último, le explicó los preparativos hechos para recibirla dignamente y lo delicioso que era el país que iban á habitar.

—Lo olvidaré todo en ese rincón encantador, porque yo no tengo más patria que vos, Solange.

Evitó nombrar á Román y á sus primos los Souvray.

Sólo, en el momento de separarse, la preguntó con afeñada indiferencia:

—¿Y qué ha sido de ese Tremor, que se alistó en un regimiento? ¿Ha habido noticias?

Y dirigió á Solange una penetrante mirada, que ella sostuvo sin hacerse traición.

No contestó nada y movió la cabeza.

—¿Y los Souvray han reaparecido?

—No.

—Son unos locos, heroicos quizás, pero locos, indudablemente. Al ejército es á quien toca defender el país. ¿Qué habrán ganado con hacerse matar ó pudriéndose en alguna fortaleza prusiana?

Ella se calló.

—Mañana—dijo Oliverio—colocarán otra diadema en esa cabeza tan admirable y tan admirada.

Ella se estremeció, y tampoco contestó.

Y el marqués se alejó como el día de la horrible escena que sirve de comienzo á este drama.

Solange, después de asegurarse de que estaba sola en la casa, se encerró en su cuarto. Sentóse ante á una mesita y escribió la siguiente carta:

«Mi querido Román:

»Os debo una prueba de amor. Os la daré; por ella sabreis que no he amado á más hombre que á vos. Mi corazón os pertenecía desde la infancia, y no soy de las que cambian.

»Confieso que siento dejar la vida. Vos y mi hijo me la hariais amar. ¿Y... qué quereis? Soy jóven, y á mi edad cuesta trabajo morir é ir hácia lo desconocido... ¡La tumba!

»¡No he podido ser vuestra mujer! ¡No perteneceré á nadie!

»Pensé desde luego en otra solución.

»Pero el señor de Taunay me ha desarmado al adoptar á ese hijo y darle título y fortuna. Para cumplir mi oferta no me queda más recurso que morir. ¡Y moriré!

»Adios.

»Rogad á los señores de Souvray que no falten á su promesa, como yo no falté á la mía; y que protejan, en lo futuro, á este niño, bien ageno á nuestras desdichas y á las faltas de su padre. Que hagan de él un hombre honrado, un hombre de bien; es todo lo que deseo.

»Os amaba y os lo pruebo..

»Adios.

»SOLANGE FARGEAS.»

Y por un sentimiento de legítimo orgullo, é inocente vanidad, á fin de que su amado comprendiera mejor la extensión de su sacrificio, puso, bajo su nombre, este otro:

«*Marquesa de Taunay-Coulanges.*»

Dobló la carta, la metió en el sobre, escribió las señas, y la guardó en el bolsillo.

Luego abrió un cofrecillo de mosaico que había pertenecido á la madre del marqués y que éste le regaló á Solange en su último viaje.

El cofrecillo encerraba un botiquín de campo, de esos que generalmente hay en todos los castillos distantes de la población y que contienen los medicamentos más esenciales.

Los frascos con las tapas en oro, y grabadas en ellas las armas de los Taunay, estaban llenos de diversas sustancias, cuidadosamente rotuladas é inofensivas casi todas ellas.

En uno se leía éter; en otro, ácido fénico; en otro, emético, hierro. Y el último contenía «láudano», con esta advertencia, escrita por Elena: «No tomar más que cinco ó seis gotas, á lo sumo, en un vaso de agua.»

Solange lo examinó con desconfianza, aspiró el olor, titubeó un instante entre aquel frasco y otro, cuya etiqueta decía «opio», y se decidió al fin por el láudano, cuyo frasco guardó en el bolsillo.

Cerró el cofre, lo volvió á poner en su sitio, y quedó, al parecer, tranquila.

La ligera emoción que acababa de experimentar había pasado ya.

Dió un profundo suspiro y exclamó resueltamente:

—¡La suerte está echada!

Su valor era tanto más meritorio, cuanto que se creía sola.

Y, sin embargo, no lo estaba.

Hacía ya diez minutos que una mujer, desde fuera y oculta entre la ventana y el muro, la estaba observando.

Cuando tuvo la evidencia de las intenciones de Solange, aquella misma mujer dió la vuelta, sin producir el menor ruido, y llamó á la puerta de la casa.

Era la *Bigornia*.

Estaba tan tranquila como si en vez de dragones hubiera matado, sin querer, unas cuantas hormigas.

La muerte de aquellos enemigos de la patria no mortificaba su conciencia.

Podemos asegurar que no había vuelto á pensar en ello.

No tenía más que dos cuidados: Simón, con sus remordimientos, que rayaban en locura; y Solange, que cada vez se mostraba más reservada con ella.

Eso era lo único que la preocupaba.

Lo demás le importaba un ardite.

No llevaba arma ninguna. Debió esconder la escopeta en algún matorral; y lavarse las manos y el rostro en el arroyo.

El marido la esperaba oculto entre la arboleda. No quería presentarse en el pueblo, sino estar siempre en acecho hasta el fin de la guerra.

Y no cejaba en su resolución.

—Esa gente—decía refiriéndose á los prusianos—no atravesará mis bosques.

Si los otros no lo defendían, él, cazador furtivo, tantas veces molestado, perseguido, condenado y encarcelado, los sabría defender solo.

No le faltaría la barraca de algún carbonero para dormir.

La Simona no era mujer capaz de abandonarle; pero nada la hacía olvidar á Solange.

De este lado el peligro era inminente.

Bajo la aparente resignación de la muchacha, adivinaba una voluntad amenazadora.

¿Cuál?

Lo ignoraba.

Después de haberla hecho la confidente de sus rencores y de sus planes; después de haberle ofrecido no resolver nada sin su consejo, Solange se limitaba á contestarle, cuando con solícito afecto la interrogaba la *Bigornia* con la mirada, ó verbalmente:

—No lo sé.

Pero Simona se propuso descubrir cuáles pudieran ser sus secretos planes, y lo había descubierto ya.

La escena que acababa de presenciar le daba la llave del enigma.

Solange había decidido suicidarse.

No tenía más medio que uno, si quería dar nombre y fortuna á su hijo: casarse con el marqués de Taunay.

Y se casaría con él.

Pero luego, dueña de su suerte, dispondría de ella á su antojo.

Casada, no quería pertenecer á su marido. El amor de éste le causaba horror, horror tanto más vivo é invencible, cuanto que amaba á otro hombre, á Román, su compañero de la infancia, el único que había hecho latir su corazón, y para quien fueron sus primeras sensaciones.

Y había cifrado todo su orgullo en probarle este amor.

Por medio de la muerte, que aceptaba no sin pena, cumplía una y otra misión.

Era un desenlace.

Simona, gracias á su viva inteligencia y fino instinto, comprendió lo mismo que si se las hubiera confiado, las intenciones de Solange.

Pero aquel fin no era el que convenía.

Ella prefería otro, no importaba cuál, por malo que fuese.

Y bendijo la suerte que con tanta oportunidad le había llevado á Gué-aux-Biches.

—¿Estás sola?—dijo á Solange.

—Mi madre no debe estar lejos ya. ¿De dónde venís?

—De cazar... Es nuestro destino. Simón había renunciado á la caza; pero la afición es superior á él. Esta vez no se trata de las liebres...

—¿Es él quien?...

—¿Esta noche? Sí. Y esta mañana, por otro lado. ¿Por qué ha de venir esa gente á ponernos la ley? ¿Y el marqués? Ha llegado.

—¿Cómo lo sabeis?

—Ya sabes que no ignoro nada. No puedes tener idea de todo lo que se ve rondando día y noche por el bosque. Le vi esta mañana. Pasaba en carruaje, un lujoso tren, con dos caballos y un postillón. Viene á buscarte. Es mañana. Nada se me olvida. ¿Qué ha de cedido?

—¿El?

—Sí, él, el señor marqués de Taunay.

—El contrato se firmará á las once, en el castillo.

—¿Y la boda?

—Acto seguido, en la alcaldía y en la capilla.

—¿Y después?

—¿Después? Nos vamos.

—¡Ah! ¿os vais? ¿Los dos?...

—Naturalmente, los dos... puesto que me caso con él. ¿Por qué me mirais de ese modo?

—Por nada. ¿De suerte que te resignas?

—Sí, por mi hijo... Ya comprendereis...

—Ya lo creo; me hago cargo. Es lo mejor, ya que él cede y consiente en todo...

—¿No es verdad? Y, además, ¿qué hacer? Si al menos yo pudiera salir de esta situación... Si viera una puerta... ¡Pero todas están cerradas para mí! He buscado... mas ha sido en vano.

—¿No has hallado ninguna salida?

—Ninguna. Además, desde que he llegado, no encuentro, fuera de vos y demi madre, nadie que me hable con bondad. Los demás me vuelven la espalda, como si yo hubiera causado la muerte á la marquesa, ó consintiera en este casamiento por ambición. Nadie me sostiene. Hasta mi padre evita el hablarme, y comprendo que me juzga con igual severidad que los otros. El mismo Brodin, el palafrenero, que fué tan amigo mio, me mira con ojos feroces.

—¿Qué quieres? Estas gentes no saben... ¿Y á dónde vais despues de casados?

—A Italia. El señor de Taunay desea tanto como yo alejarse de aquí; se va al extranjero para dejar al tiempo el cuidado de acallar el ruido que se producirá á nuestro alrededor.

—¿De modo que mañana, contrato, alcaldía, iglesia y....?

—Subiré á mi habitación, me vestiré, y partiremos.

La *Bigornia* reflexionaba, sin dejar de fijar su penetrante mirada en la joven, que bajó la cabeza.

Y cuando hubo reflexionado bien, durante algunos minutos, respiró.

No había nada que temer hasta la salida de la iglesia.

Su protegida quería ser marquesa de Taunay, legítima esposa del padre de su hijo. Y no lo sería sino á partir de aquel momento.

La *Bigornia* tenía, pues, tiempo; tenía de por medio la noche para reflexionar, y en ese

intervalo pudieran ocurrir cosas que cambiaran sus disposiciones.

Se levantó para irse, y dijo:

—Voy al encuentro de mi cazador.

Solange la siguió, y cuando estuvo en el dintel del portal—repuso:

—Podría hacerme un favor, Simona. ¿Quereis?

—¿Que si quiero, mi Solange? Ya lo creo.

—Entregar esta esquela á Román. En ella me despido de él. ¡Pobre muchacho!

—Dices bien: ¡pobre muchacho! Estará desesperado. ¿Sabes lo que vá á suceder...?

—¿Qué?

—Mejor fuera que la bala de los prusianos, en vez de atravesarle el brazo, le hubiera destrozado el corazón. ¡Así, no más penas!

—¿Qué creéis...?

—¡Verte casada con ese otro!

Solange se tapó el rostro con las manos.

—Ya sé—repuso la *Bigornia*—que no puedes conducirte de otro modo. Dame la carta. Se la entregaré.

—Pero ha de ser mañana, despues de mi partida.

—Sí, despues de que te hayas ido. Puedes estar tranquila.

—Y ahora, ¿á dónde vais?

—A reunirme á Simon hasta mañana.

—No expongais vuestra vida, sobre todo.

—No tengas miedo. Son menos peligrosos de lo que parecen.

—¿Y mañana?

—Mañana, mi querida Solange—dijo la

Bigornia con aire misterioso,—podrá ser que no me veas; pero ten la seguridad de que estaré cerca de ti.

La joven se quedó pensativa en la escalinata.

Simona se fué.

Despues de haber andado media legua; y al llegar junto á una abandonada barraca, se reunió, en efecto al herrero, que dormía tendido en un monton de helechos y hojas secas.

A su lado tenía la escopeta.

Ella se acercó de puntillas, mas, á pesar de esta precaución, su marido se despertó, pero sin asustarse.

Hubiera distinguido entre mil, el paso de la *Bigornia*.

La interrogó con la mirada.

—Se casa mañana—contestó ella.

—Entonces, dos desgraciados: ¡ella y Román!

—¡Uno solo!—añadió Simona.

—¿Cómo?

—Ella quiere perecer.

—¡Pobrecilla! ¿Te lo ha dicho?

—Lo he comprendido. No puede soportar la idea de pertenecer á ese hombre. En un tiempo acaricié una idea.

—¿Cuál?

—Matarlo como á los dragones.

Simón se incorporó.

—¡Calla, mujer!—exclamó.

—¡Es un malvado! Ha perdido á Solange. ¿Y quieres que te diga más, Simón? Esa otra

á quien se unió, porque era rica, su prima, si no existe...

—¿Qué?

—Es porque él ha abreviado su vida, estoy segura de ello. He oído palabras...

—¿Qué nos importa! ¡Deja que le juzguen otros!

—Si se quisiera...

—¡No me tientes! Me basta con un remordimiento. No lo sabes bien. No veo otra cosa que la sombra de aquel hombre. Se ríe y me amenaza. Me atrae. Y acabará por llevarme con él. ¡No quiero matar hombres! ¡Aquello fué un crimen! ¡Calla! ¡calla!

La *Bigornia* quedó espantada ante tan inesperado acceso.

El alma de Simón no estaba curada, como esperaba ella. Al contrario, estaba más enferma que nunca.

El siguió diciendo:

—Los otros, los extranjeros, no me atormentan, ni me echo en cara su muerte. ¿Les conozco acaso? ¿Por qué no se han quedado en su país? Es él, Labranche, quien me persigue. Nos atormentaba cuando vivía; pero muerto me atormenta más aún. Fué por odio por lo que murió asesinado, estrangulado como á una liebre, con un lazo. ¡Es horroroso! He matado, me matarán! Es lo justo.

—Entonces—dijo la *Bigornia* desesperada—entra en la fragua. Ocultemos estas armas, y no te sirvas más de ellas.

—¡Sí, contra los otros! Vienen mañana. Así lo dijeron. Les esperaré. Esos no son

hermanos, ni prójimos: son enemigos. ¡Están fuera de la ley! Son bandidos que nos insultan y saquean. Si les dejaran, incendiarían el pueblo, mi casa, ¡la casa donde tú y yo hemos vivido! ¡Vamos, defenderse, defender su tierra, la madre patria, es un deber! ¡Después que hagan de mí lo que quieran! Si sus balas llegaran á mí, yo estaría contento. ¡Es un bien morir así!

Levantose con la mirada extraviada y la cabeza erguida.

—¡Y yo no soy nadie!—dijo ella con dulzura.—¿Serías capaz de dejarme?

La miró tiernamente, y contestó:

—Tú has creído que hacías bien. ¡No te guardo rencor! ¡Te he querido mucho; eres una excelente mujer!

—Ese hombre nos acechaba como á fieras. Te martirizaba. Yo le odiaba. Y además era un ladrón. ¡No me arrepiento! Hoy volvería á hacer otro tanto. Duerme.

El se extendió de nuevo en el lecho de hojas, mientras que la *Bigornia*, sentada en un tronco de abedul, avivaba el fuego de la hoguera que daba algún calor á aquella miserable choza.

—Yo obraré sola—pensó.

A la misma hora, Roberto de Souvray se arrodillaba junto á la tumba de Elena.

Permaneció algun tiempo así, como si tratara de escuchar la voz de la muerta.

—¡La interrogaba, pero ella no respondía!

La dulce Elena no le hubiera dado sino consejos de paz y de perdon.

Pero cuando se levantó, iba animado de inflexible voluntad de castigar, aunque para ello hubiere tenido que coser á puñaladas al miserable que había abierto la sepultura ante la cual había llorado tanto, ¡que ya no le quedaban lágrimas!

XIX

A las nueve de la noche vióse en Chevagnes un extraño espectáculo.

Un hombre de Pont-Charreau atravesó el pueblo con un calesin. El caballo iba á todo correr.

Aquel hombre, que era un hacendado, huía hácia Montreuillon, en donde tenía unas tierras.

Se decía que los prusianos en masa se acercaban para ganar Nevers.

Seguían esa dirección. Chevagnes está en el camino.

Fué un verdadero pánico.

Las gentes de Chevagnes no tenían modo de huir como el hacendado; pero siempre tratarían de poner á las mujeres y al ganado en sitio seguro.

Durante toda la noche y á la luz de la luna, ocultaron los bueyes, las vacas, los carneros y hasta las cabras, en el lugar que consideraron más apropiado.

Las mujeres con sus hijos, se refugiaron en casa de sus padres ó amigos en las chozas y alquerías, en los parajes más inaccesibles.

Por la noche no quedaban mas que hombres junto al campanario.

Era una desolación.

No se oían más que lamentos.

El viejo Tremor trataba de levantar los ánimos de todos sus conciudadanos.

—Si queman las casas, ¿cómo podremos reedificarlas?

Maese Chadouin, muy ufano, contestó:

—Se reedificará un hermoso y flamante pueblo. Hay piedra en Oullans, y no faltarán albañiles.

No habían vuelto á ver á Simón.

Era de suponer que había hecho voto de no entrar en la fragua sino después de la exterminación de los prusianos.

Las gentes hablaban en la plaza.

La *Bigornia* se acercó á saber noticias.

Un carpintero predicaba en favor de la resistencia.

—Es preciso ir con Simón — decía — y echarlos. ¿Vamos á dejarnos devorar? No hay mujeres que nos detengan.

La verdad es que sólo quedaban dos en el pueblo: Rosa y la sirvienta del Priorato, que no quisieron seguir á las otras.

El ama del cura, á pesar de sus sesenta primaveras, emprendió la fuga.

¡Exajerada prudencia!

El maestro cantero, acercándose á la *Bigornia*, que no decía una palabra, le puso la mano en el hombro, y le dijo:

—Simona.

—¿Qué?

—¿Quieres que te dé un consejo?

—Dámelo.

—¿Es tu hombre quien ha dado el golpe?

—Sí.

—Es un valiente. ¡Qué infame será quien se lo vitupere! Odia á los alemanes, ¿no es verdad?

—Sí.

—Dile que les deje entrar mañana.

—¿Lo quereis así?

—Eres mujer de talento y reservada. Puedo, pues, decirte, que son el señor de Souvray y Román Tremor quienes lo desean.

—¿Están ahí?—exclamó la *Bigornia* dando un brinco.

—Desde anteayer. Silencio.

Hízole seña de que callara, y se internó entre los grupos.

A las once, todos los del pueblo entraban en sus respectivas casas más tranquilos.

El viejo Tremor y el cantero habían conseguido, sin demasiado trabajo, ¡ay!, la promesa de que permanecerían quietos.

Los guardas sabían que debían contar con algún misterioso socorro que excusara su inacción.

A media noche, todo el mundo dormía.

Solange, verdaderamente emocionada, contaba los minutos que le quedaban de vida y que volaban rápida y silenciosamente, como si tuvieran alas.

XX

Era intenso el frío que se sintió al día siguiente.

Un viaje con semejante temperatura, por más comodidades que se disfruten, no puede ser agradable.

El señor Ansbert-Pablo-Luis Delaroque, notario de Chateau-Chinon, se levantó muy temprano, casi con el sol, y se frotaba las manos de alegría: se prometía un día provechoso para él.

Asomóse á la ventana de su cuarto y llamó á su especie de criado, que lo era un rústico.

—¿Se sabe algo de nuevo?—preguntó.

—Muy confusamente, señor.

—¿Y nuestras tropas? ¿Y las otras?

—Se dirigen á Luzy. Lorenzo de Montaron ha visto á los alemanes en el camino; por los alrededores de Préporché, una columna bastante numerosa. Creyó que se moriría de miedo. Cuéntase también que ha habido tiros en el bosque de Chevagnes, y en Champignoles, y que han muerto veinte, lo menos.

El señor Ansbert Delaroche dió un bote y dijo:

—¡Diablo! ¡En el bosque de Chevagnes! ¡Y en Champignoles! Eso sí que me contraría.

Era precisamente por aquel lado por donde él tenía que ir, y estaban sus asuntos...